



UNIVERSIDAD
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL
PIRHUA

**FMGO. FERNANDO MARTÍNEZ
GARCÍA-ORDÓÑEZ, ARQUITECTO.
1954-1983**

Juan Ramón Selva-Royo

26 de marzo de 2013

FACULTAD DE INGENIERÍA

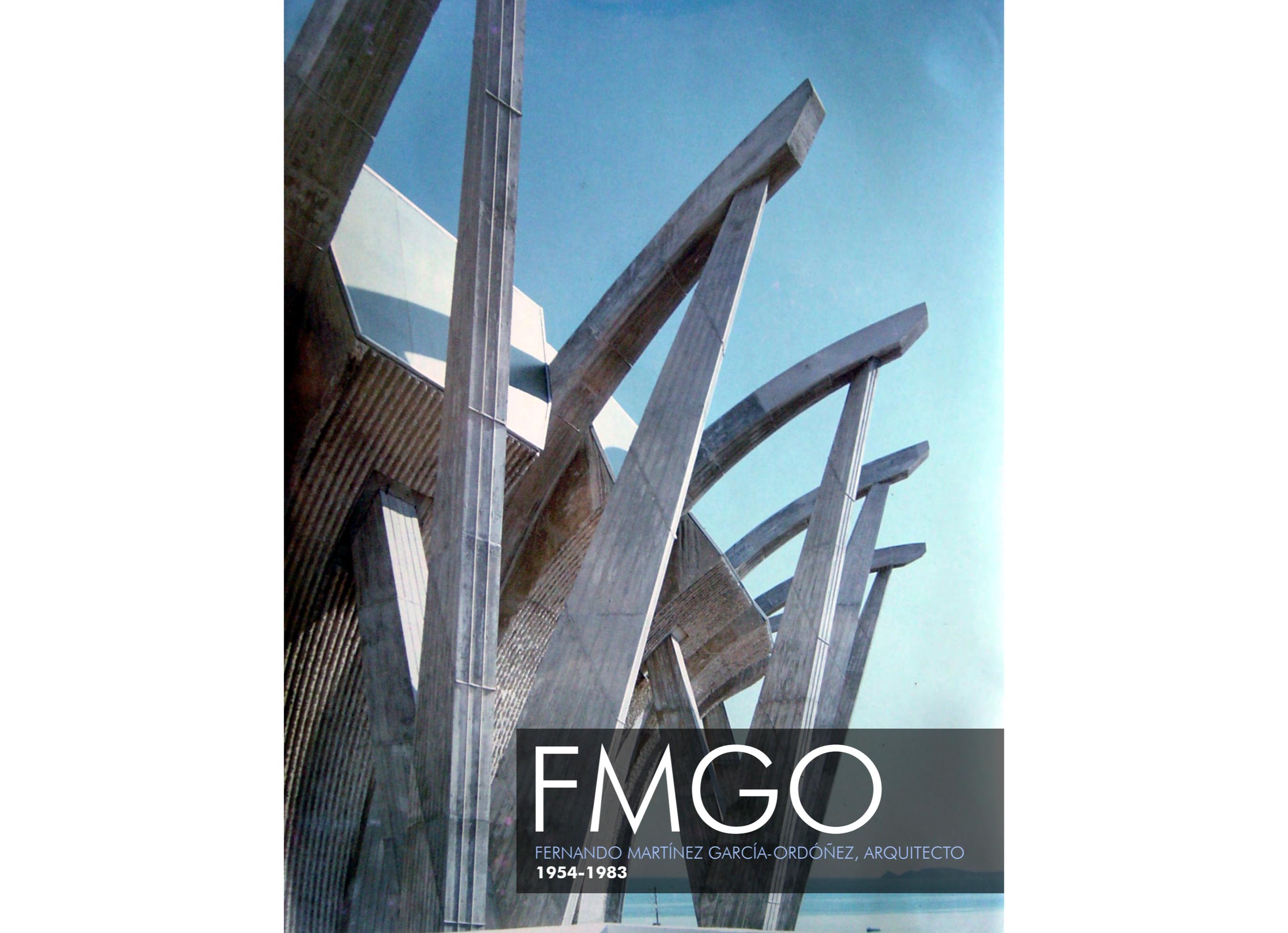
Departamento de Arquitectura y Territorio

Este libro cuenta con un embargo personal, solo se encuentra disponible en Pirhua las primero 21 páginas. Si usted requiere el documento completo puede descargarlo gratuitamente en su iPad o su ordenador desde iTunes, desde el siguiente enlace <https://itunes.apple.com/es/book/fmgo/id626795424?mt=11>



Esta obra está bajo una [licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura



FMGO

FERNANDO MARTÍNEZ GARCÍA-ORDÓÑEZ, ARQUITECTO
1954-1983

INTRODUCCIÓN



La obra de Fernando Martínez García-Ordóñez forma parte, sin duda, del mejor patrimonio arquitectónico valenciano del siglo pasado.

Personaje polifacético, urbanista por vocación y pionero de la prefabricación, este arquitecto asturiano -cuya obra fue muy celebrada por sus contemporáneos- destacó además por su profunda y singular personalidad.

Este libro pretende saldar una personal deuda de gratitud hacia él, contraída desde nuestro primer encuentro hace ya ocho años. Supone también una modesta aportación al reconocimiento que la profesión le debe, en espera de la publicación de su obra completa, que habrá de llegar cuando se reúnan los recursos suficientes.

Se ha procurado en estas páginas que sea el propio Fernando quien nos hable a través de su obra y sus escritos. Por esa razón se han utilizado solamente, en la medida de lo posible, planos e imágenes originales o extraídos de documentos de la época, así como textos redactados por él mismo.

Agradecimientos

A Manolo Guillén, por haberme presentado a un hombre tan excepcional.

A Javier Cortina Maruenda, compañero de investigación.

A todos aquellos que han colaborado, desinteresadamente, en la recopilación de datos sobre GO-DB, o que han mostrado interés por este singular estudio dejándose entrevistar o aportando información:

José Manuel Herrero Cuesta, José Luis de los Ángeles, Vicente Valls Abad, Claudio Gómez Perretta, Manuel Aguirre (padre e hijo), Antonio García Heredia, Paco Taberner, Fernando Romero Saura, Pilar García-Ontiveros, Joaquín Arnau Amo, José María Calabuig Felipo, Juan Francisco Pérez Mengual, Álvaro García Sanchis y Daniel Monleón Balanzá.

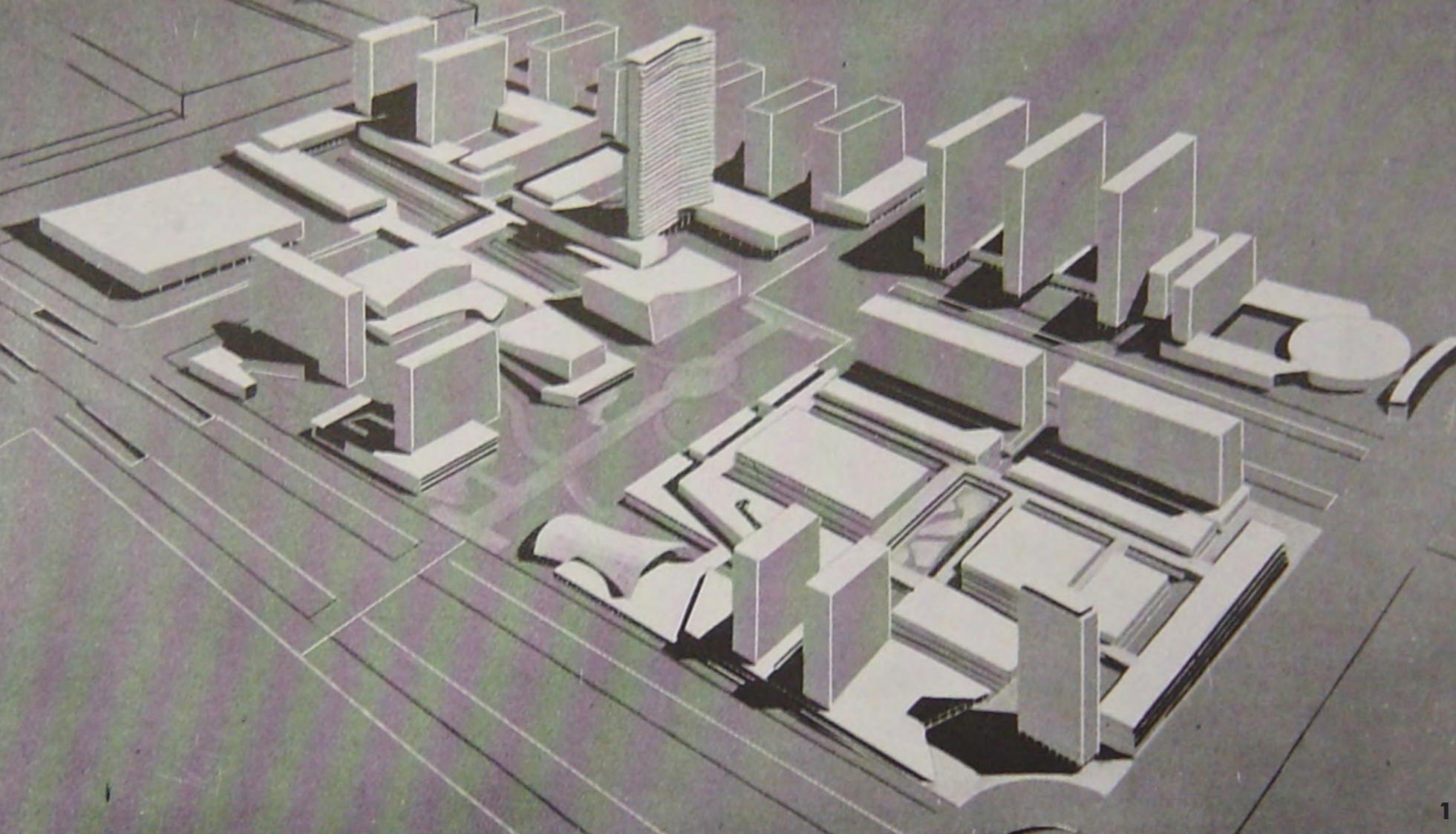
A Pedro López y Vicente Lluch, por cuidar de Fernando.

A Fernando Martínez García-Ordóñez



1954-59

TRABAJOS DE ESTUDIANTE



CONCURSO CENTRO COMERCIAL EN LA
AVENIDA DEL GENERALISIMO

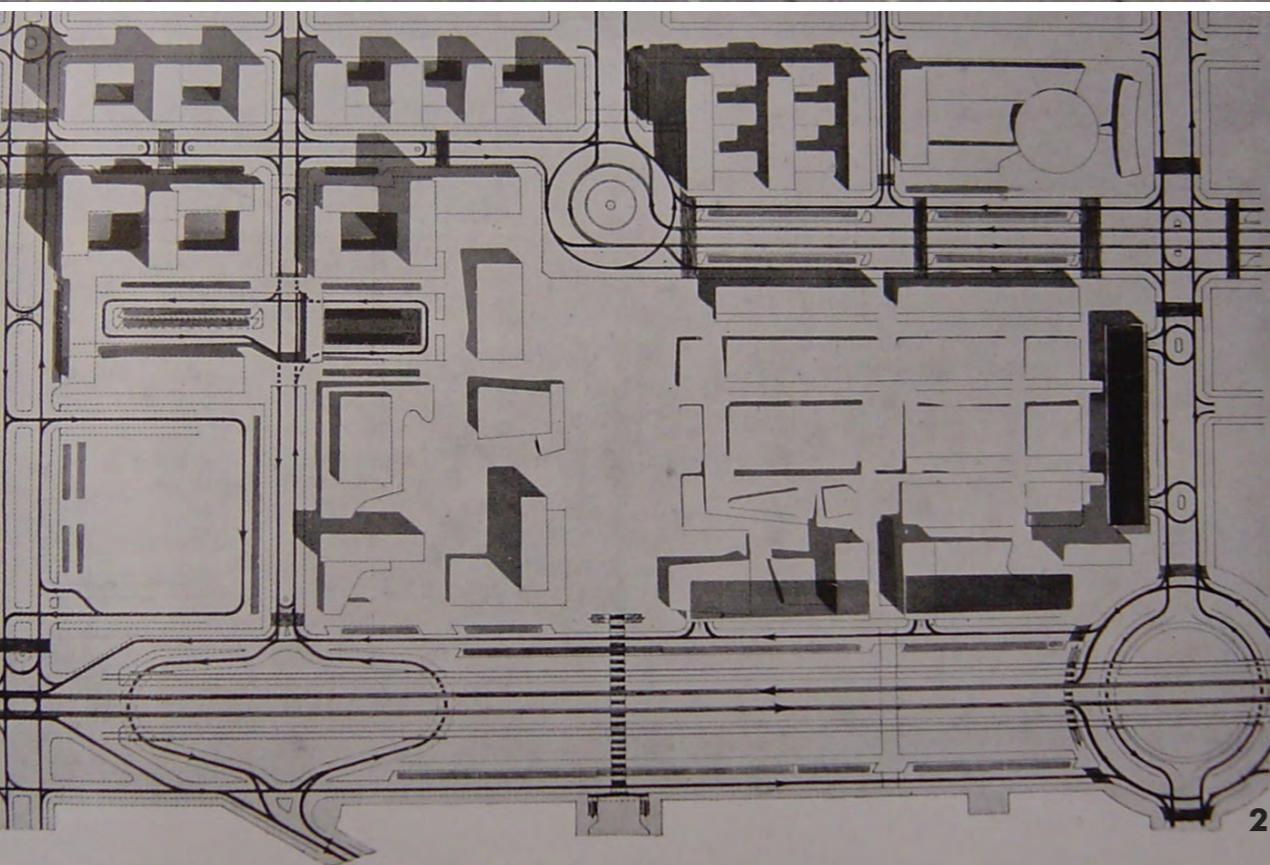
1954

Madrid

Accésit

Autores:

- Valentín Picatoste
- Fernando Martínez (estudiante)
- Francisco Martínez Acosta (estudiante), y
- Carlos Martínez (estudiante)

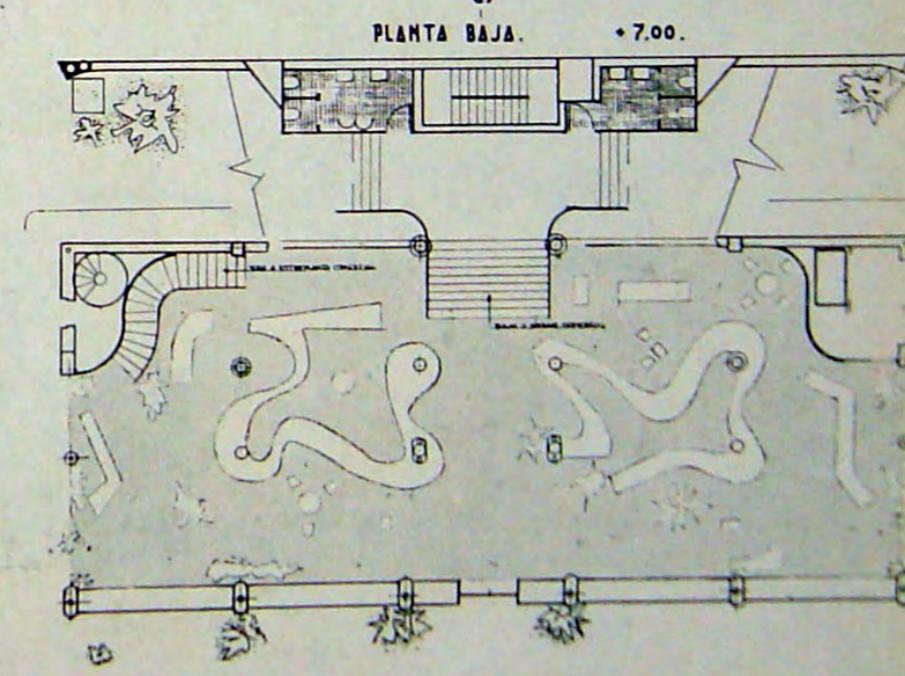
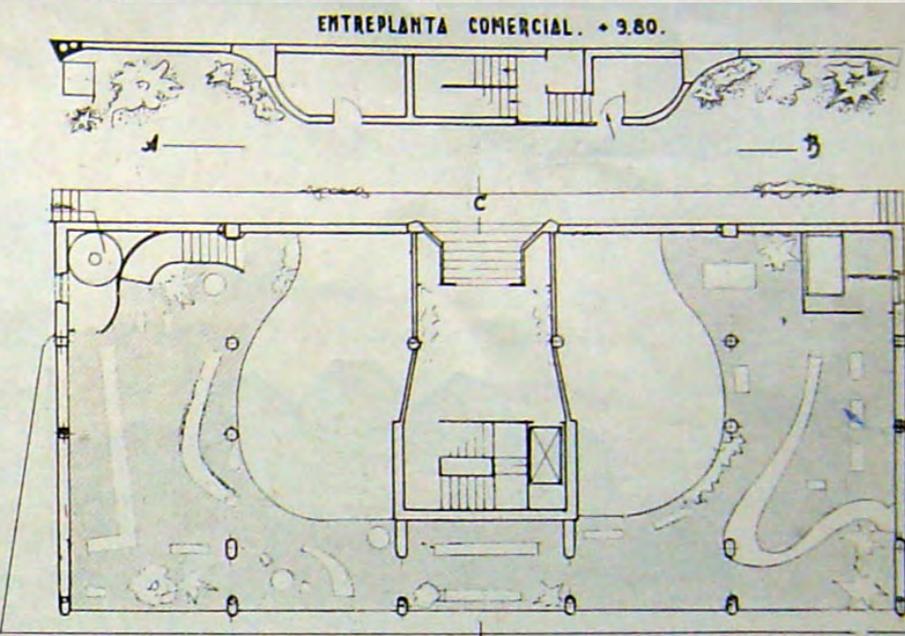
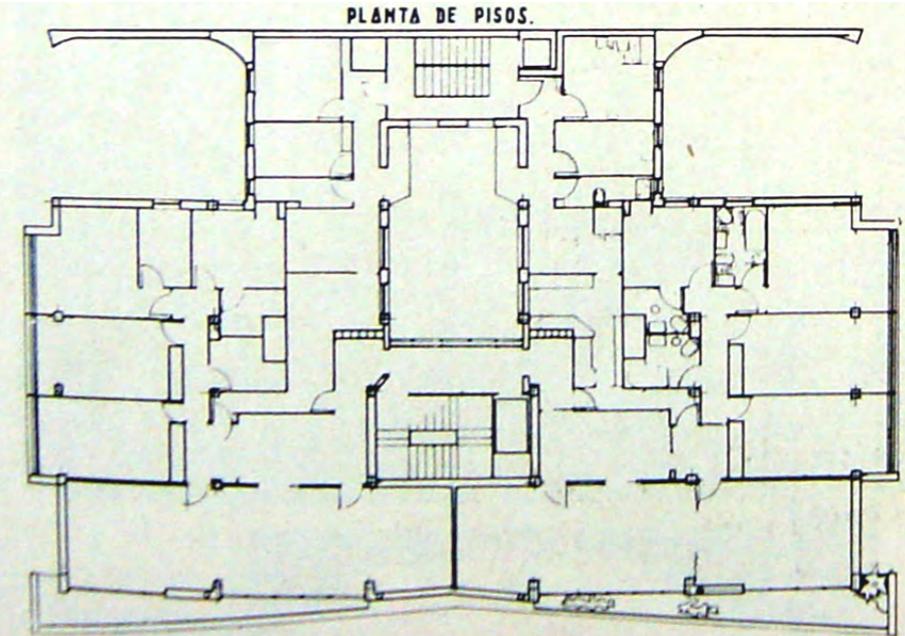


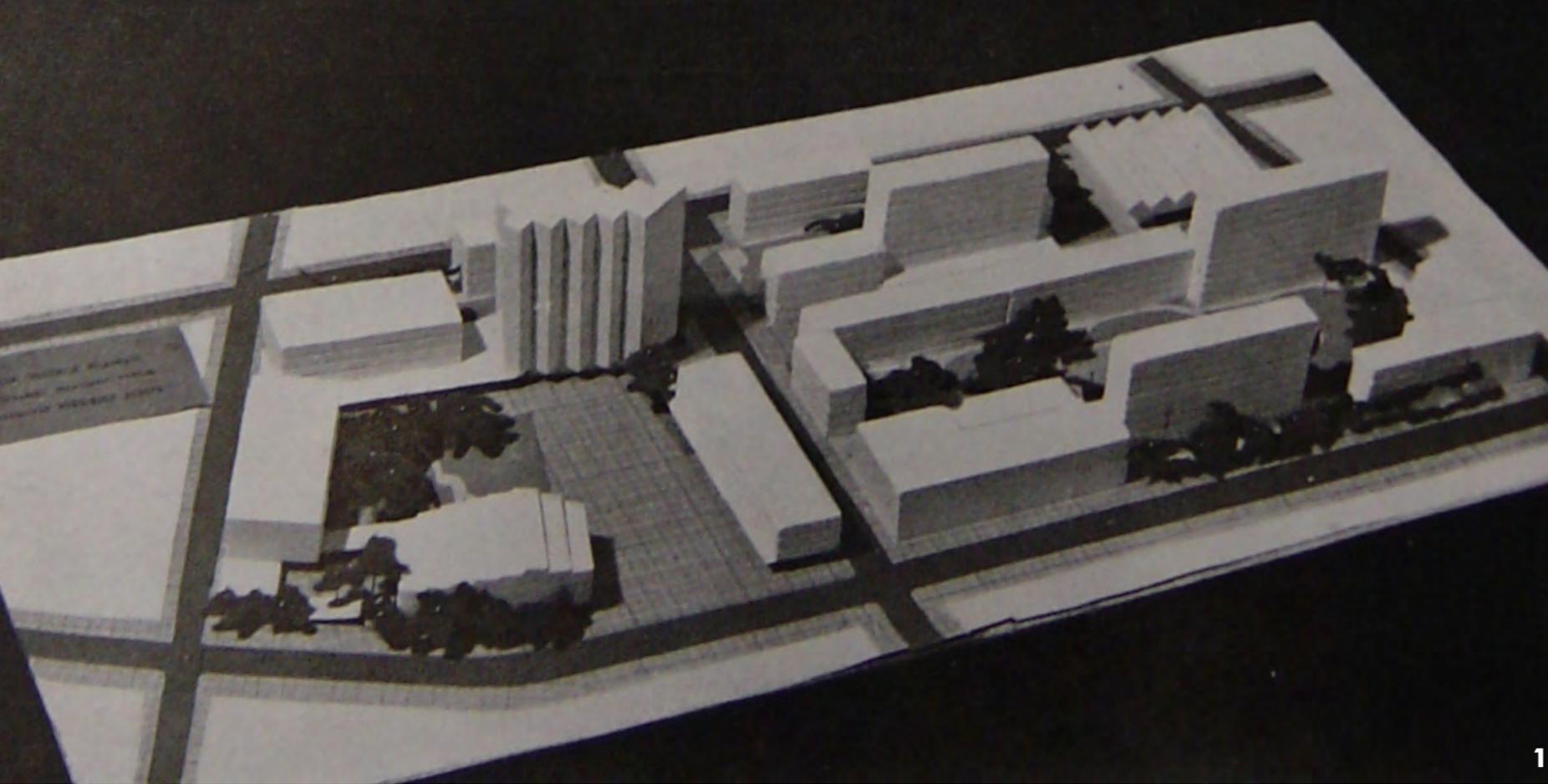
1. Perspectiva de la propuesta
2. Planta con esquema viario
3. Portada de la publicación que divulgó los resultados del concurso

PROYECTO de CASA DE PISOS y ALMACEN COMERCIAL

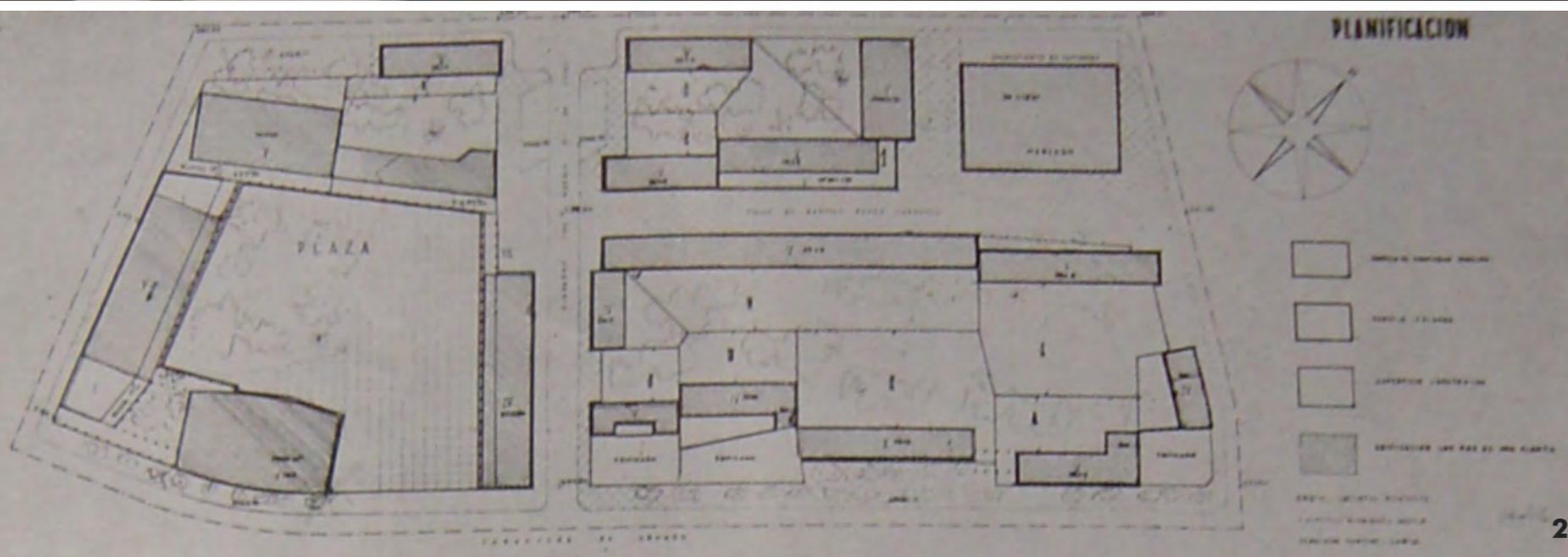
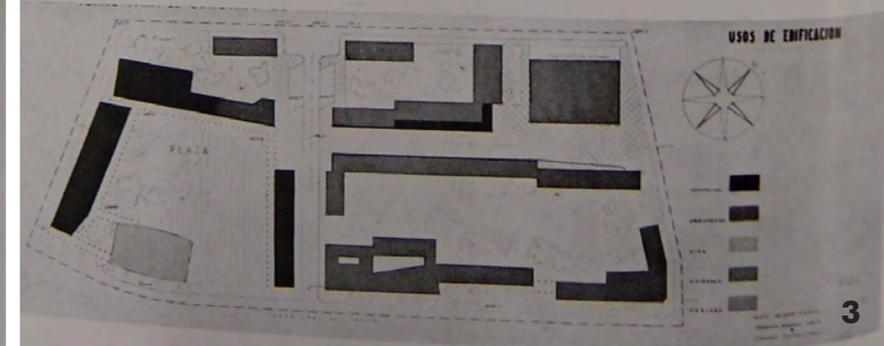
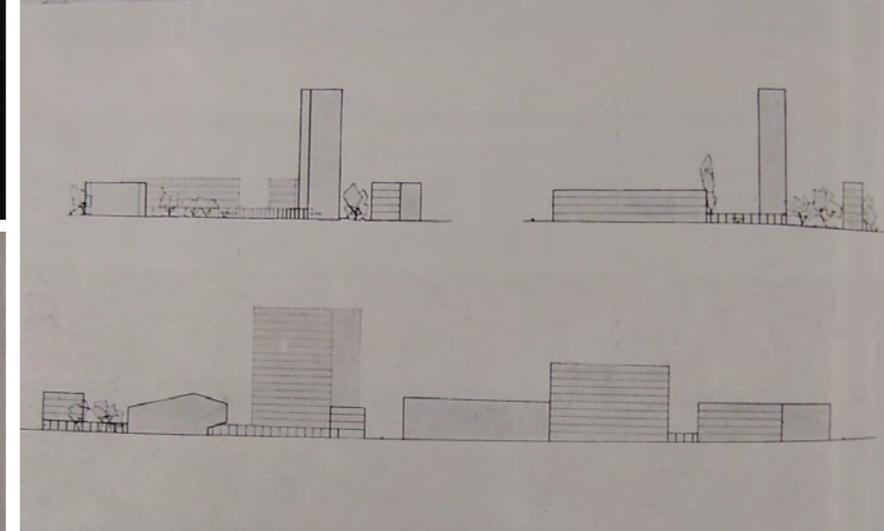
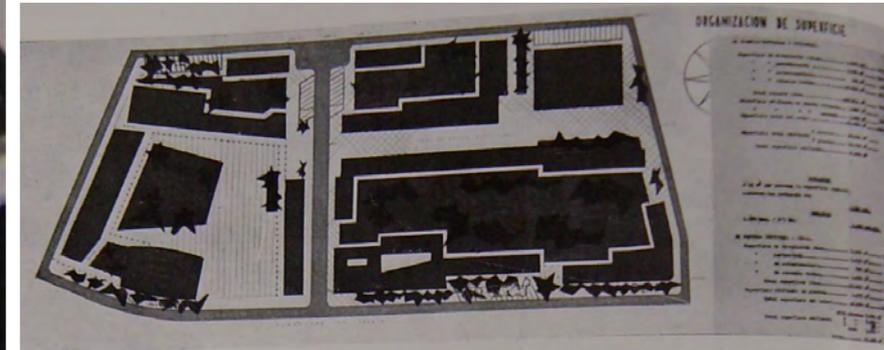
1955

Fernando Martínez García





1. Maqueta de la propuesta
2. Esquema de Planificación
3. Plantas de Organización de superficie y Usos de edificación, y alzados



CONCURSO de ANTEPROYECTOS para la ORDENACION de la PLAZA de la QUINTANA

1955

Madrid

Accésit

Autores: Valentín Picatoste, Francisco Rodríguez Acosta y Francisco (sic) Martínez García

«Por estas fechas, la Dirección General de Urbanismo sacó a concurso público la planificación de una larga zona de suelo desocupado, a lo largo del Paseo de la Castellana, a partir de Nuevos Ministerios. Se trataba de crear un complejo de edificios de altura destinado a oficinas y comercio. La actual Torre Picasso ocupa una de las parcelas entonces planeadas. Comenté el asunto con dos compañeros del último curso de la Escuela de Arquitectura y, aunque íbamos mal de tiempo –estábamos a final del último curso de arquitectura–, decidimos participar con una propuesta; y así lo hicimos. Ciertamente a costa de varias noches sin apenas dormir. No fue difícil encontrar un amigo, con credenciales de arquitecto, que firmase nuestra propuesta.

El proyecto se otorgó a un conocido arquitecto catalán; a nosotros nos concedieron algo que estimamos inverosímil: un accésit. Celebramos el acontecimiento con más júbilo que si nos hubiese tocado el gordo de Navidad.

Un par de semanas después, recibimos aviso de que pasásemos a recoger los honorarios de nuestro preciado accésit. Me encargué de personarme en las oficinas de Dirección General de Urbanismo, con los justificantes pertinentes. Me recibió un empleado que, tras breve ojeo de mis papeles, desapareció con ellos tras una gran mampara. Cuando había transcurrido tiempo suficiente como para zamparse un

buen desayuno –por aquel tiempo los empleados públicos solían irse a desayunar dejando cola tras la ventanilla–, comenzó a embargarme una preocupación que aumentaba con el avance de las agujas de mi reloj. Eramos conscientes de haber cometido una irregularidad, usando la firma de una persona ajena a la competición. Identifiqué la tardanza como señal de mal agüero; pudieron haber descubierto nuestra chapuza...

Cuando reapareció el empleado, mi situación mental se había expandido por todo el cuerpo, a modo de acelerado tembleque. El anuncio del empleado confirmó mi convicción de catástrofe.

–Sígame –dijo–. Le espera el señor Director General: desea hablar con usted.

Le seguí como si fuera camino del patíbulo. Ya en el amplio despacho, el mismo Director General me tendió la mano sobre una mesa repleta de papeles, carpetas y libros.

–¡Enhorabuena, muchacho! –me dijo–. Vuestro proyecto tenía calidad; tanta que apenas denotaba ser obra de estudiantes. Díselo a tus compañeros.

Nunca hubiera podido pensar que nuestra chapuza legal pudiese haber causado gracia a todo un Directo General. Luego se interesó por mis estudios y, finalmente, me encareció que no dejase de visitarle de vez en cuando.

–Podemos tener algún trabajillo urgente, aunque de poca monta.

No dejé de cumplir la petición de visitas. Ignoro si nuestro fraude le había hecho gracia. Por lo que fuese, lo cierto es que en poco tiempo mis relaciones con don Pedro Bidagor se tornaron en afección cordial. Tan fue así, que al cabo de unos meses recurrí a él en plan de consulta. Me habían ofrecido posibles ofertas de trabajo en Sevilla y Valencia; las dos ciudades me eran desconocidas y no atinaba a elegir.

Don Pedro me resolvió la duda en un instante:

–Vete a Valencia: allí esta todo por hacer.

Luego, tras breve lapso, añadió que su consejo no era del todo desinteresado. Según dijo, en la Dirección General de Urbanismo se habían recibido propuestas de varias actuaciones urbanísticas en Valencia. El Alcalde les había enviado

una lista de objetivos que consideraban prioritarios. Mirándome sonriente, añadió:

–Tras el accésit que nos has birlado, supongo que no dejarás de hacernos un favor para el que te considero competente. En caso que te decidas por Valencia, quisiera que te diceses una vuelta por los lugares urbanos o periféricos, donde el Ayuntamiento pretende actuar, por supuesto, con la colaboración económica de nuestro Ministerio. Te facilitaré copia de la información recibida. Quiero que me informes si las inversiones que nos piden merecen la pena.»

(GARCIA-ORDOÑEZ, Fernando M., Memorias profesionales. Valencia, 2006)

GUADALAVIAR

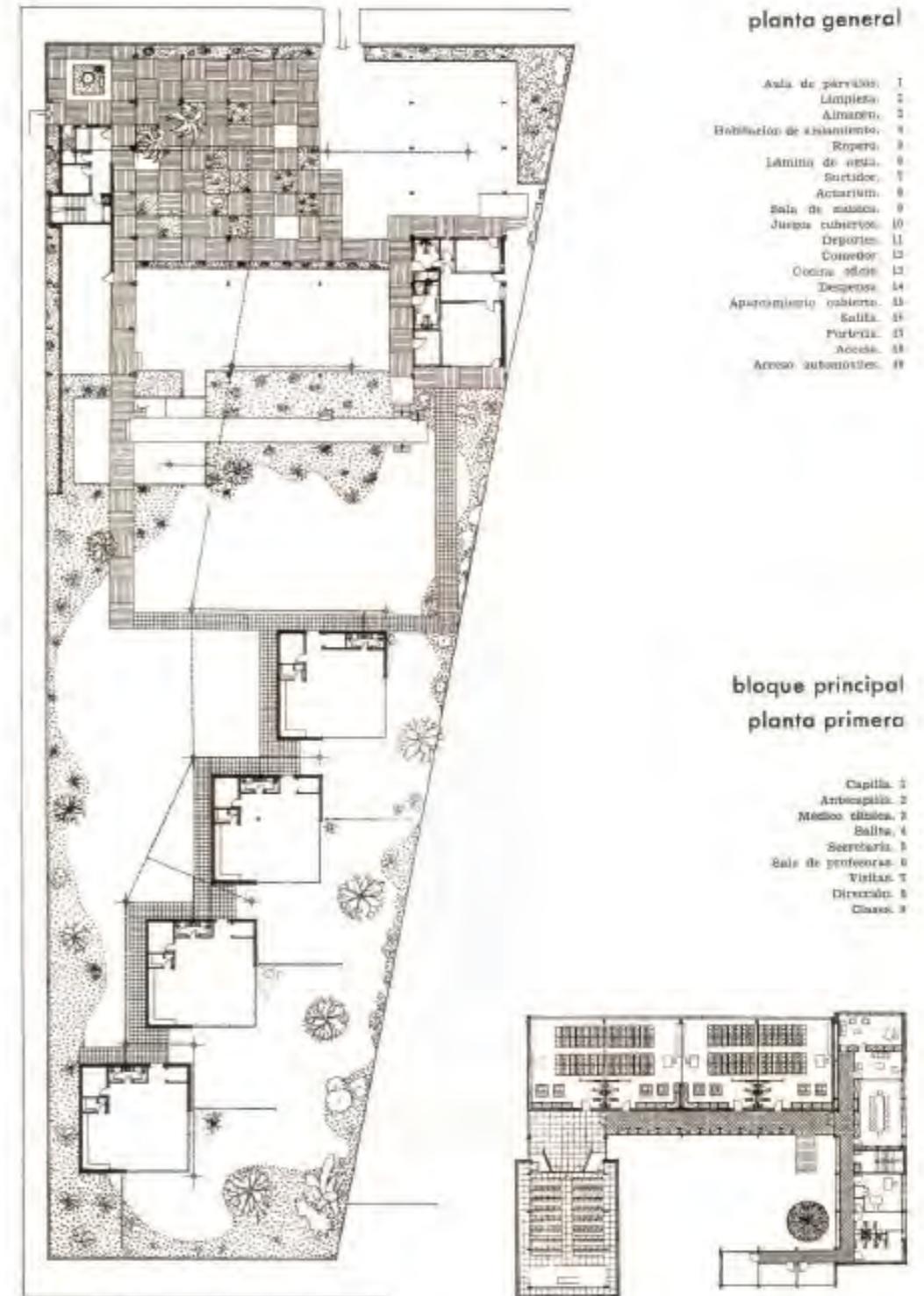


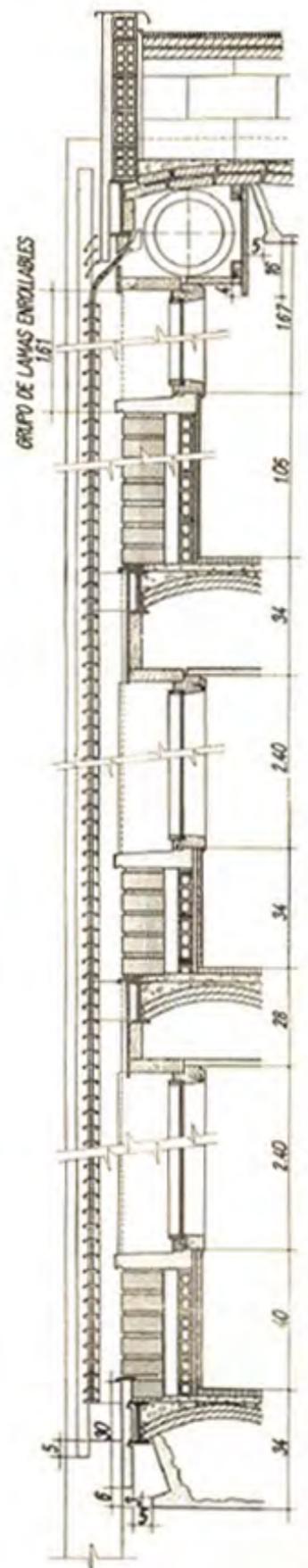
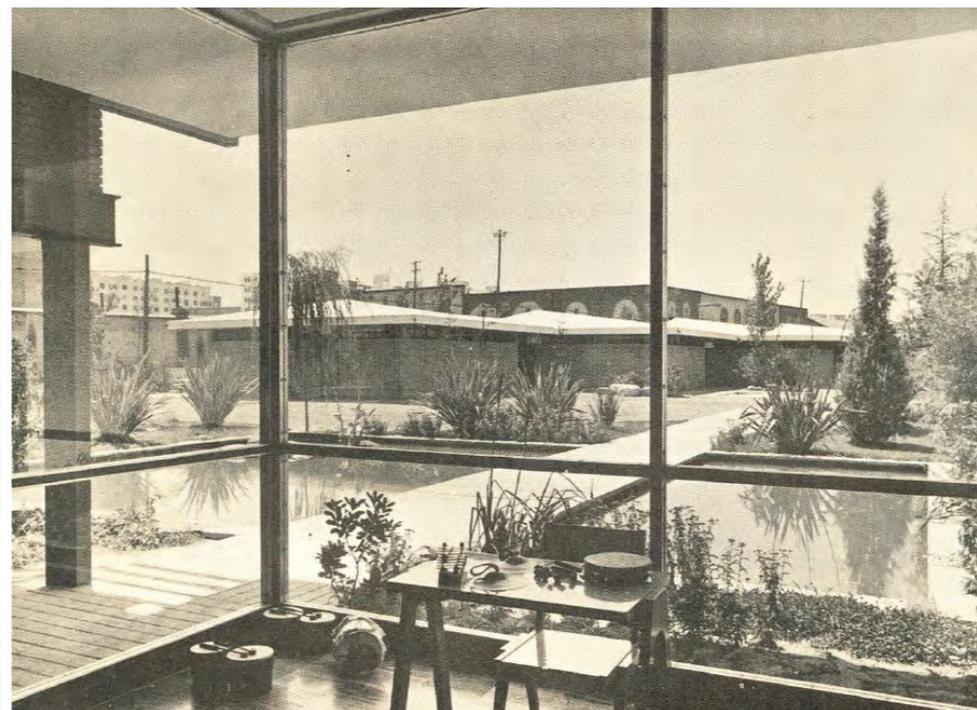
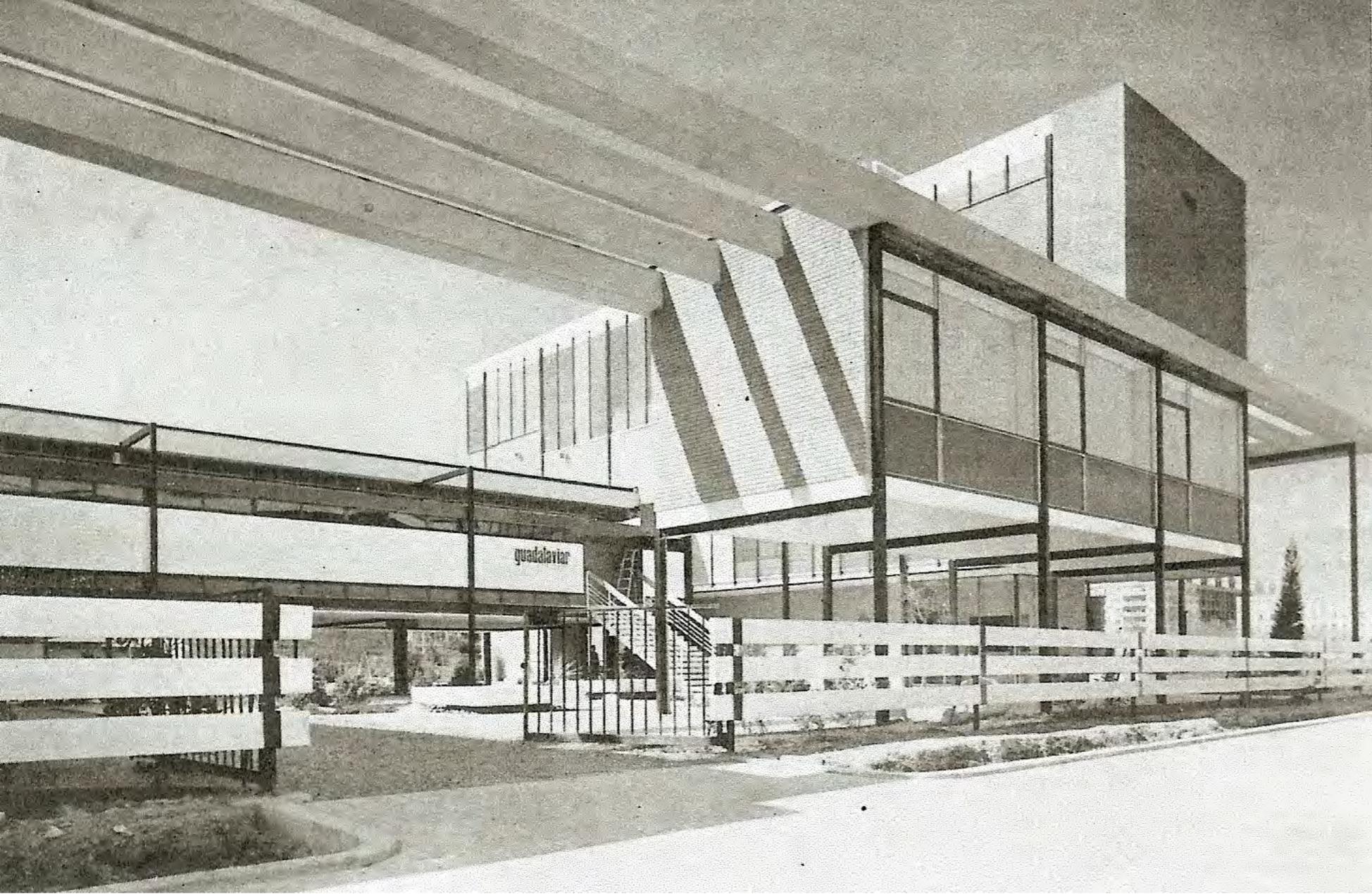
ESCUELA-JARDÍN GUADALAVIAR

1958

Valencia (España)

Fernando Martínez García-Ordóñez



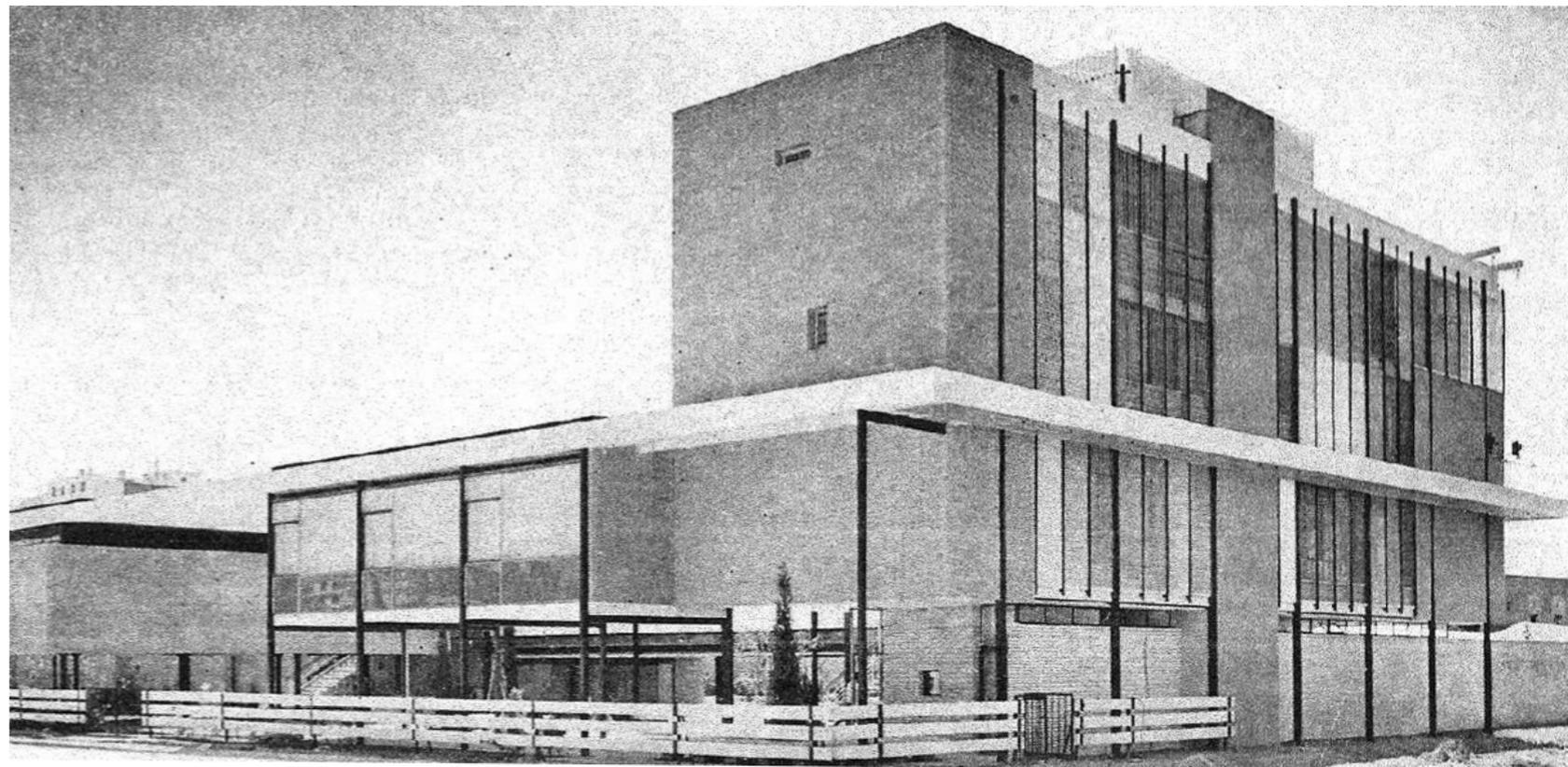
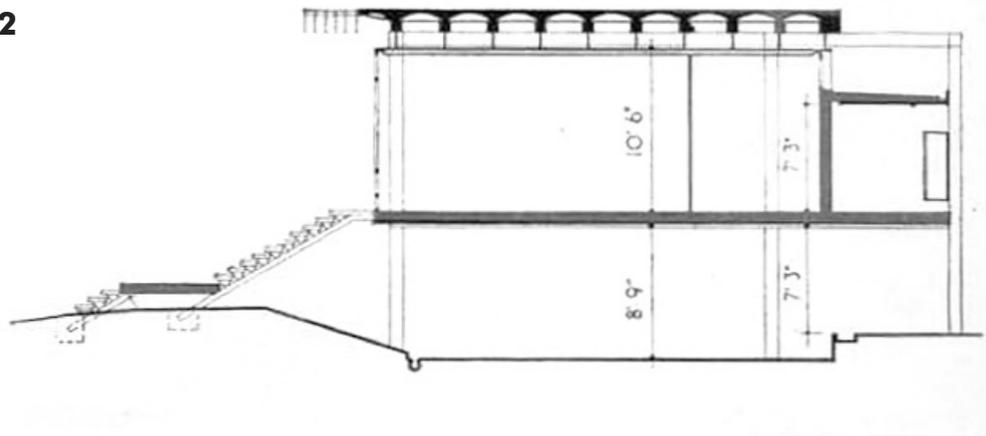


detalle de cerramiento



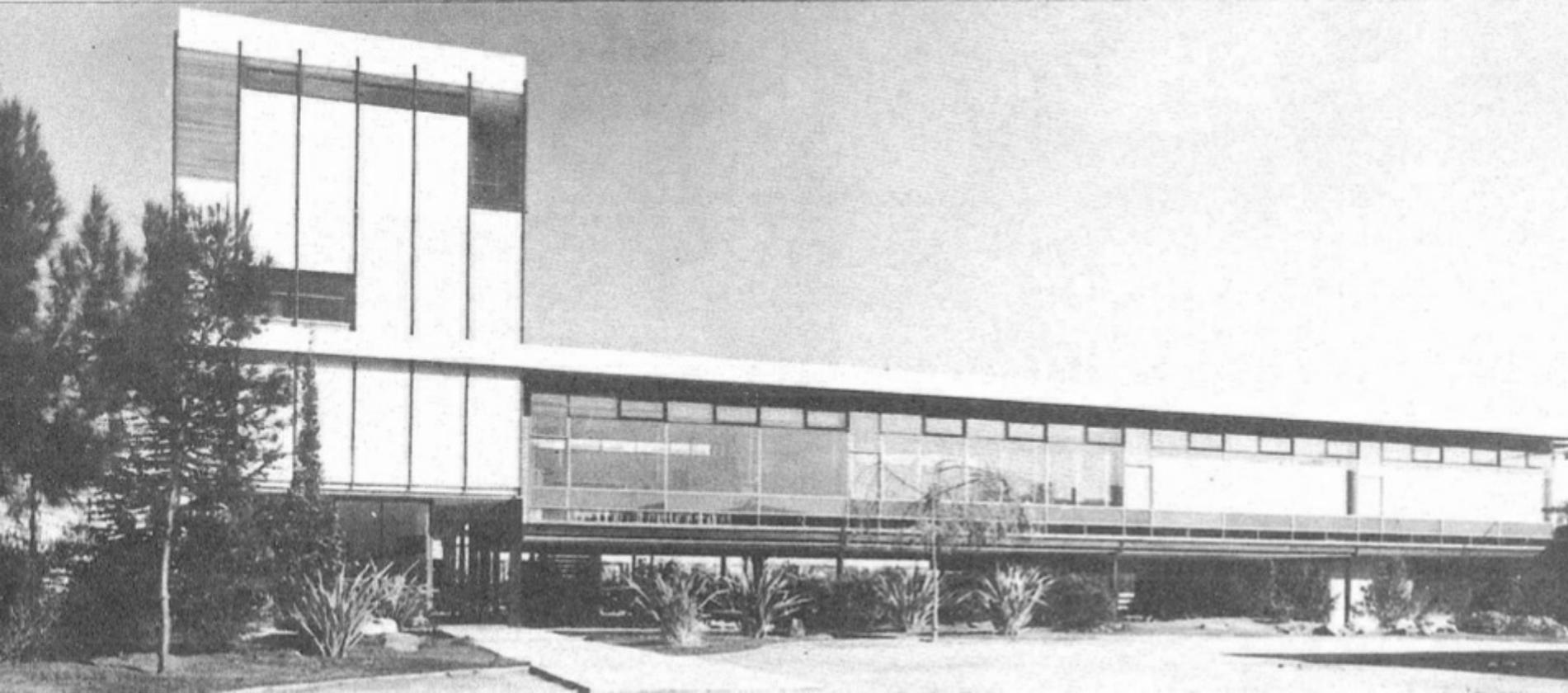


2

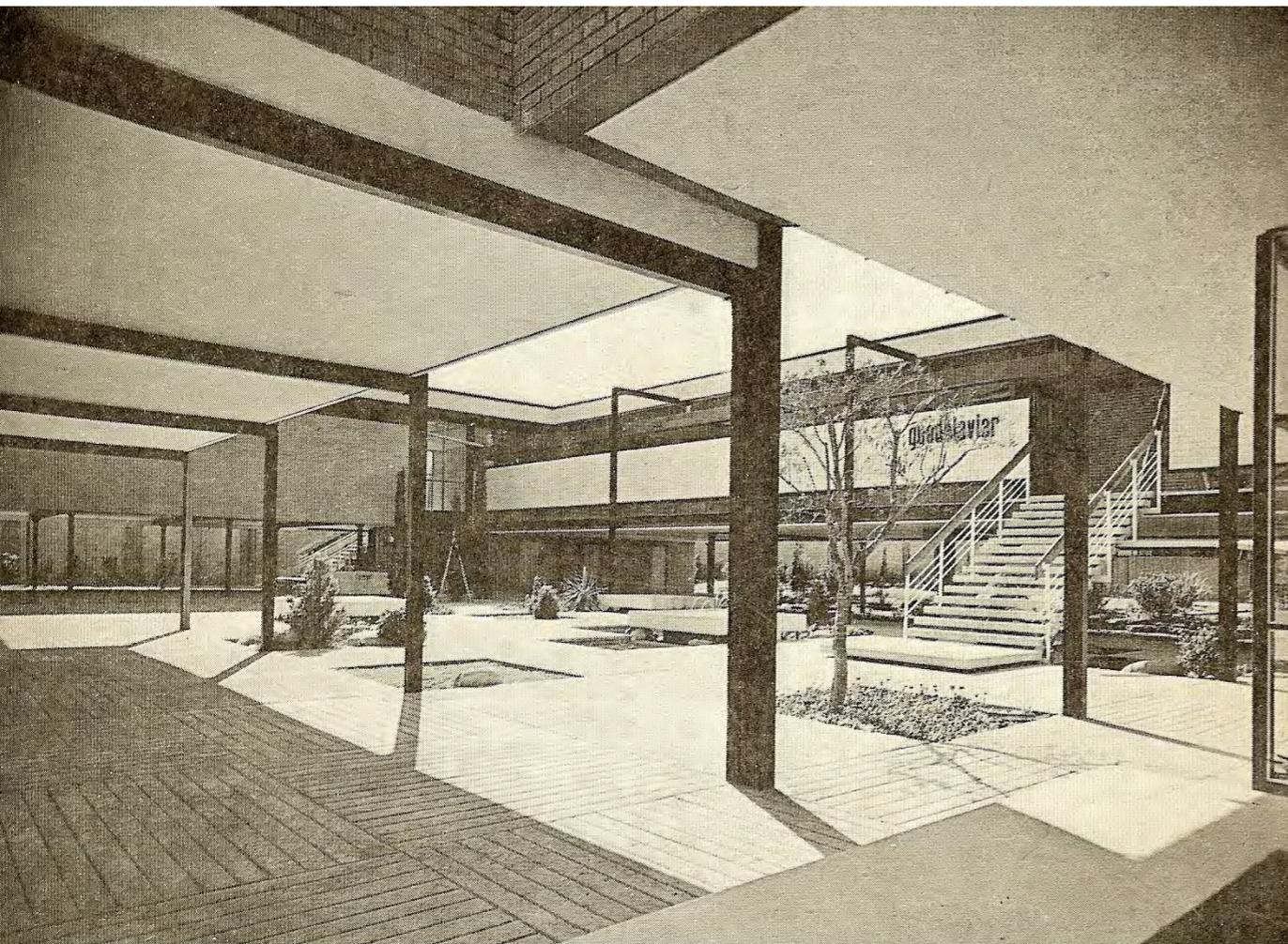
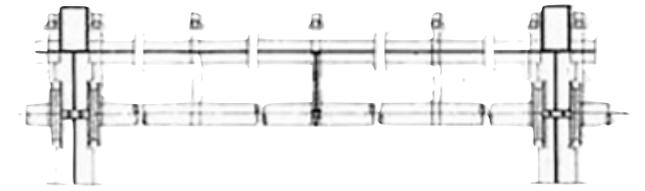


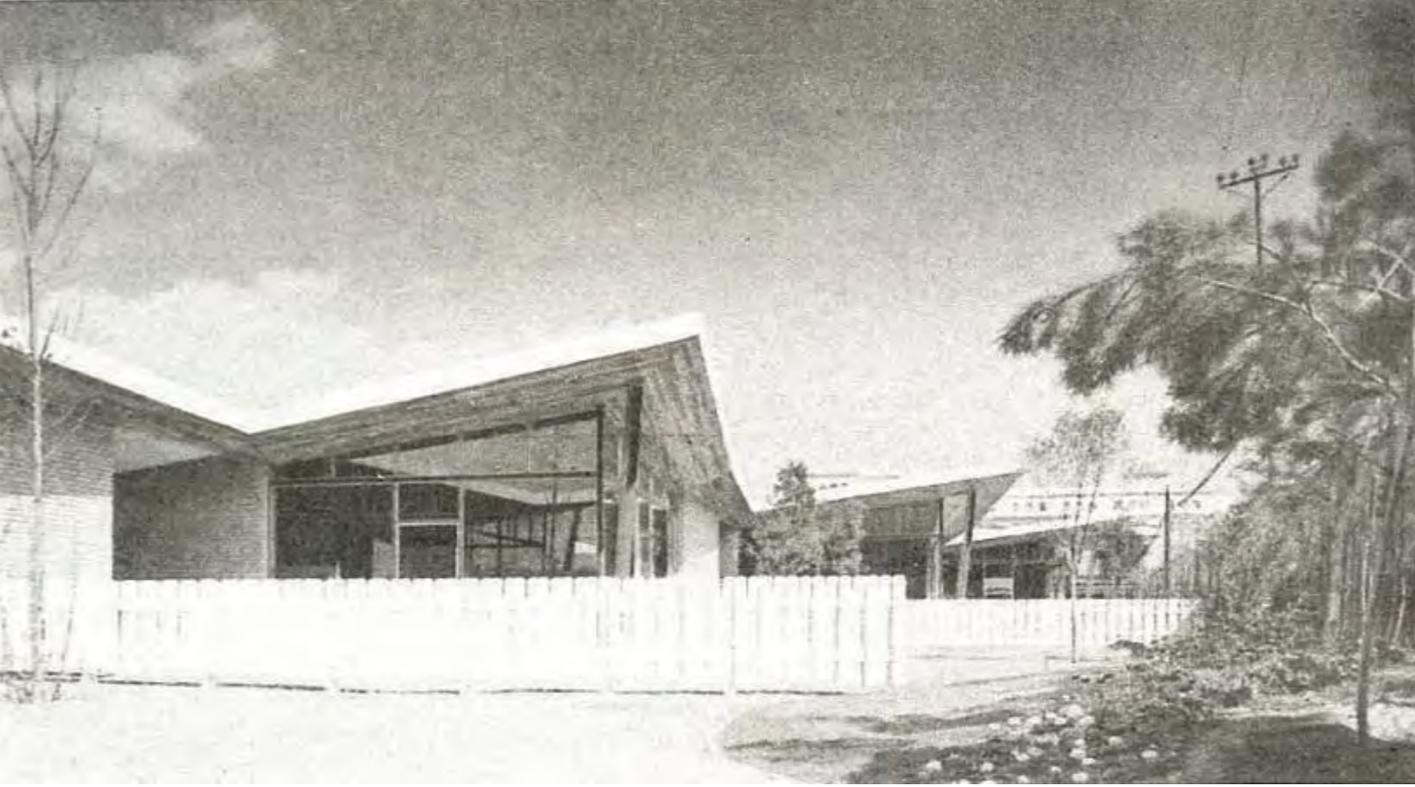
1. Pasillo distribuidor de aulas

2. Sección transversal del bloque de aulas



Sección horizontal del sistema de cerramiento con lamas de aluminio de la fachada original:





Vistas de los pabellones infantiles originales y del jardín



Portadas de algunas revistas extranjeras que publicaron la Escuela-jardín Guadalaviar



«Mi primer proyecto había sido la Unidad Vecinal para los damnificados de la gran riada, que, como entonces dije, me produjo el mismo efecto (económico) que un turbión de lluvia sobre seco. Pero las prisas impuestas por la urgencia del objetivo no me permitieron tratar el asunto con la profundidad que hubiese deseado.

De modo que, a efectos contables, fue el colegio Guadalavivar el primer proyecto donde pude ensayar los conceptos creativos que había extraído de algunos de los grandes maestros de la Arquitectura del último medido siglo atrás. Ayudado con ideas extraídas de mi propio caletre, pude conformar la hoja de ruta creativa que guió el desarrollo del proyecto Guadalavivar.

Por alusión indirecta –término jurídico que viene a cuento–, debo identificar con nombre y apellido a uno de los maestros aludidos que tuvo más impacto en mi modo de hacer arquitectura: Mies Van der Rohe. Su sentencia de que, en el ámbito de la arquitectura “menos es más” merece un comentario esclarecedor. Por de pronto, la verdad como la belleza son virtudes que se identifican por sí mismas. No precisan de más. Si un edificio necesitase adorno superficial para acreditar su belleza, denotaría carencia de belleza propia; lo que vemos de él es una careta artificial.

La auténtica belleza constructiva emana más de la armonía de su contenido interior que del aspecto superficial. Al menos así ocurre en todas las manifestaciones de belleza natural. La belleza humana, por ejemplo, no se desprende de la envoltura de piel; ésta contribuye, desde luego, pero no la determina. Son los componentes volumétricos que emergen bajo ella quienes determinan la belleza de una faz.

Lo mismo ocurre con la belleza de un edificio. Su programa de usos puede resolverse de diversas modos, cada uno corresponde a un esqueleto estructural. La construcción más bella será, sin duda, la determinada por el esqueleto estructural más armonioso. La razón es obvia: armonía y belleza son valores complementarios. El caso del Partenón –construido hace dos mil años corridos– ejemplariza lo que acabo de sugerir. Gustó a los atenienses y dos mil años después, sigue gustando a los turistas. Tan diversa convergencia de gustos creo que es debida a la obvia racionalidad, o simplicidad, de sus elementos constructivos. Y, como lo que es racional siempre es inteligible, bello, la belleza del Partenón nunca se pasará de moda.

El solar adquirido para el nuevo colegio era un huerto de patatas con forma de trapecio rectangular alargado. Por el lado inclinado del trapecio discurría la vía férrea de Valencia-Zaragoza, llamada a desaparecer; pero nunca antes de

la fecha estimada para el inicio de las obras. La posterior eliminación de la vía férrea conformaría el solar en forma de rectángulo. Esta circunstancia exigía desarrollar el proyecto en dos fases.

La fase inicial incluía cuatro aulas para alumnas adultas, aseos, oficinas, dirección, sala de profesoras, capilla y servicios: cocina y comedor completaban el programa. En un volumen contiguo se establecería una residencia para unas diez o doce profesoras. Para párvulos se creó un volumen independiente que desapareció años después, tras la ampliación del solar.

Antes de iniciar el diseño del proyecto me autodeterminé con una serie de exigencias que consideraba básicas:

a) Todo el complejo, estrictamente escolar, se ubicaría dentro del solar, sin contacto con el cerramiento de la finca. Para disfrutar de más suelo, el aulaario se establecería sobre una plataforma, a dos metros sobre cota cero. Excavando bajo el aulaario medio metro, se creaba un espacio de juego cubierto (2,50 m de altura) sin otro límite visual, por ambos frentes, que los arbustos que cierran la finca.

b) Los volúmenes del complejo escolar los dispondría de tal modo que contribuyesen a formar una plaza de acceso al colegio, cerrada al exterior por una pantalla verde. Desde esta plaza se tendría acceso a todos los servicios: aulas, oficinas, zona residencial de profesoras, comedor, cocina, aseos y campos de juego y jardín.

c) Tenía ideas de diseño para evitar el recalentamiento de las aulas en tiempo estival, y retención del soleamiento en el horario escolar de invierno. Ambos objetivos se conseguía mediante un doble techo sobre las aulas. La corriente de aire (Norte-Sur) que circula entre ambos techos penetra, o se expulsa, a través de elementos de succión o expulsión, según convenga, mediante trampillas regulables para ambos fines.

d) El impacto acústico sobre las aulas que proviene de ambas grandes vías –Norte-Sur y Este-Oeste–, era un molesto condicionante que se precisaba reducir al máximo posible. La solución más sencilla y efectiva, se basaba en proteger el aulaario con la barrera constituida por los demás servicios.

Por razones económicas, los colegios suelen tener un solo tipo de aula, para alumnos de todas las edades, con los mis-

mos ventanales situados en la misma posición. Lo cual supone que los niños de corta edad, privados de visión externa baja, durante varias horas, suelen padecer efectos de claustrofobia. Para evitar este efecto la fachada de iluminación de las aulas se resuelve mediante dos bandas de acristalamiento: una baja para los peques y otra más ancha para iluminación y ventilación de los demás alumnos.

Quisiera dejar manifiesto que esta obra ha sido preconcebida –como queda manifiesto– mediante condicionantes operativos de obvia racionalidad. Cada cosa es como es por motivos de conveniencia operativa y se agrupa en conjuntos mayores por la misma razón. Nada o muy poco podría tacharse de arbitrario. Cabría decir que se trata de una obra desmontable.

Creo que el edificio gustó hace cuarenta años –pese a su aspecto novedoso– porque era inteligible; y como la inteligibilidad de las cosas rezuma belleza, el edificio sigue gustando. Y creo que lo mismo seguirá ocurriendo, a Dios gracias, mientras el edificio se mantenga en pie.»

(GARCIA-ORDOÑEZ, Fernando M., Memorias profesionales. Valencia, 2006)



Oficinas provisionales del Ministerio de Obras Públicas, diseñadas por el propio Fernando M. García-Ordóñez junto a Guadalaviar